

EL ESPACIO ALREDEDOR

de la luna libros

1ª edición: marzo de 2009
© DE LA LUNA LIBROS
© del texto: Arturo Enríquez García
© portada: Fotografía: Rafa de los Arcos

Diseño Gráfico: Marino González Montero

Impreso en España / Printed in Spain
C/ San Juan Bautista, 5
Teléf. y Fax: 924 31 60 00
Móvil: 659 00 37 94
www.delalunalibros.com
E-mail: marino@delalunalibros.com
06800 MÉRIDA

Depósito Legal: BA-167-2009
I.S.B.N.: 978-84-936490-2-9

Fotocomposición e Impresión: GRÁFICAS REJAS, S.L.
Avenida Sta. Teresa Jornet, s/n - nave 8. Mérida

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

EL ESPACIO ALREDEDOR

Arturo Enríquez

de la luna libros

ÍNDICE

¿A QUIÉN QUIERES MÁS?	9
EN LA NIEVE	17
DISTINTOS TIPOS DE ALPISTE	25
TRADUCCIONES	33
DIECISIETE PALABRAS PARA NOMBRAR LA NIEVE	39
EMBARCADERO	47
UNA VIDA NUEVA	51
EL VIAJAR ES UN PLACER	
El hombre puso nombre a los animales	57
Vamos de paseo	60
PAREJA ESPERANDO MESA PARA CENAR	65
PALABRAS	71
LAS OVEJAS	77
MONDAS DE PATATA, CÁSCARAS DE HUEVO	85
UN TROZO DE CIELO	89
REDACCIÓN	93
PELUCHES	99
MAQUETAS	105

¿A QUIÉN QUIERES MÁS?

Durante unos meses mi vida ha sido tan fácil. Lo único que he tenido que hacer, desde el momento en el que abría los ojos por la mañana hasta cuando dejaba de oír el ruido de los pocos coches que pasan cerca de casa por la noche, ha sido esperar tu muerte. Sí, sé que en alguna conversación, en una de tantas, todas tan iguales, me he quejado de lo difícil que ha sido. Pero en realidad mentía.

Ésta es la casa en la que pasé los veranos de mi infancia. Mi madre la heredó de mis abuelos y yo la heredaré de mi madre. Casi de cada rincón podría contar una historia, aunque los últimos meses que hemos pasado aquí amenazan con borrar cualquier otro recuerdo. En esta cama intentaba imaginar cómo serían los pechos de Andrea después de haberlos rozado cuando bailábamos en la verbena de las fiestas del pueblo, en el rincón que quedaba detrás del palco. Las últimas semanas intentaba imaginar tus pechos, tu vientre, tus labios, después de haberlos acariciado tantas veces, con las yemas de mis dedos, con mi boca, con mi mirada, porque no quería admitir que el cuerpo que estaba en la habitación de al lado eras tú.

Creo que fue lo mejor que pudimos hacer. Aquí tuviste el jardín en el que sentarte a tomar un poco el aire, bien protegida contra el sol, en las primeras semanas. El hospital más cercano está a dieciocho kilómetros, hice el cálculo en algún momento en el que no sabía en qué pensar, y cuando venía a verte la doctora lo hacía sin bata y podías hablar un rato de las flores que asomaban por la ventana o de su embarazo, ya bastante

avanzado; yo hablaba con el practicante de fútbol y, cada vez con menos timidez, de política.

Y quizás sea que una casa da más sensación de solidez que un piso. O que aquí ha vivido mi familia durante los últimos cincuenta años. Yo buscaba alguna forma de protección, de seguridad, de firmeza, sobre todo para mí, para tener algo que gobernase directamente mis pasos sin que tuviesen que esperar una orden llegada de mi cabeza. Tú estuviste de acuerdo, al final habíamos encontrado el sitio más acertado para pasar mi mes de vacaciones encontrándote tú como te encontrabas, hasta saber exactamente qué era lo que te pasaba.

Hay palabras que nunca pronunciamos. Igual que me costó siempre decirte “te quiero”, nunca te dije “cáncer” ni “muerte”, quizás porque fueran cosas que escapaban por completo a mi control. Por eso no sé qué es lo que tú supiste, si que yo te quería, si que tenías un cáncer que te iba comiendo por dentro, si que te ibas a morir en cuestión de meses sin que nadie pudiese hacer nada por evitarlo.

Julio y agosto pasaron muy despacio, con la calma de un animal agazapado dispuesto a lanzar su ataque. Tus hermanas venían al menos un par de veces por semana, Laura hasta se quedó a pasar diez días, y mi madre se apuntaba con quien viniera a hacernos una visita. Poco a poco ibas perdiendo fuerzas, tu cuerpo iba menguando y tu ánimo se sorprendía en momentos bajos que hasta entonces siempre había sabido controlar. Yo aprendí a esconder mis verdaderos sentimientos. Llegué a alcanzar tal maestría que a veces hasta podían desaparecer. Me daba cuenta de que el día que acababa siempre sería mejor que el que estaba por venir y por entonces no había visto lo que puede hacer el dolor, aunque sabía que pronto se

quedaría a vivir con nosotros. Cuando te acariciaba era capaz de convencer a mis dedos de que sí, de que eras tú, de que no entendía el porqué de ese impulso de retirarse.

Mi mes de vacaciones acabó transformándose en siete meses y medio. Después ya no encontré fuerzas para volver al mismo trabajo, ni al mismo ni a ninguno. Quizás me quede ya a vivir aquí, a observar cómo entra la luz del sol en la cocina, sobre todo a primera hora de la tarde, como cuando tú estabas dormida y yo me sentaba en una silla y veía avanzar la línea de sombra. Otras veces dejaba la puerta de la cocina abierta, para oírte si me llamabas, y me sentaba en las escaleras, de cara al jardín, a ver el baile de las hojas del melocotonero si soplabla la brisa o a estudiar los distintos tonos de verde del césped. Había días en los que ocupaba la butaca que hay junto a tu cama con un libro abierto y pasaban los minutos sin que yo llegara a pasar las páginas, pendiente del suave movimiento de tu respiración cansada.

Los fines de semana siempre venía alguien. A cambio de perder esos momentos de ensimismamiento sentía mis propias fuerzas ante la debilidad mal disimulada de los demás. O quizás fuese al revés, quizás la fuerza estuviera en los ojos de mirada acariciadora, en las palabras dichas en voz baja en el pasillo, camino de tu habitación, cuando tú ya no pudiste salir de ella, en los abrazos largos y cercanos.

No intento poner en orden lo ocurrido durante estos meses, bien sé que hay cosas que escapan a toda posibilidad de ordenación. Aunque tú siempre recordabas que cuando tu madre decía que os quería a las tres hermanas por igual, que no podría escoger a una de vosotras, tenías la sensación de que estaba mintiendo, que eso era imposible. Yo me consuelo pensando

que poco importa si mentía o no, el hecho es que nunca se vio en la necesidad de tener que elegir entre vosotras. Todo lo demás es especulación.

Cuando bajaba a la farmacia del pueblo con las recetas de los calmantes, aprovechando que había alguien en casa que se podía quedar contigo, siempre daba un rodeo. Buscaba el camino más largo, y a ser posible el menos frecuentado, y respiraba el aire que a mí, fuera de casa, se me hacía más limpio, mientras imaginaba que mi vida era muy distinta de la que estaba viviendo. Si en el camino me encontraba con alguien incluso vagamente conocido, pensaba que sería capaz de leer en mi cara y me sentía culpable de huir de mi obligación. Invariablemente acababa por apurar el paso y entregar la receta a la farmacéutica con la respiración entrecortada, ella pensaría que por el dolor, yo sabía que por la vergüenza.

Siempre tuve miedo de preguntarle a la doctora cuáles eran los efectos exactos de la medicación. Iba viendo aumentar las dosis de los calmantes, hasta llegar sin remedio a los parches de morfina, pero no me atrevía a indagar en lo que tú sabías. Prefiero pensar que la morfina, además de aliviarte el dolor, sirvió para impedirte ver más allá de las siguientes horas y evitó que te hicieras preguntas sin contestación acertada.

Resulta curioso pensar que el poco tiempo que te quedaba fue lo que nos dejó a nosotros tantas horas para estar juntos los dos solos, más solos de lo que nunca habíamos estado, y poder hablar tranquilamente de todo lo que quisiéramos. Aunque enseguida me di cuenta de que había tres temas de los que no podía hablar contigo. El futuro lo veía demasiado claro, con la precisión de una línea recta trazada con una regla sobre un folio en blanco; no sabía cuándo llegaría a encontrarme esa línea pero

sí que tú no la podrías cruzar. El presente se me escapaba entre los dedos, había sido tomado por el futuro hasta tal punto que parecía no existir. Hablar del pasado, de un pasado purgado, exento de dudas y matices, sería la forma más evidente de hacerte sentir tu ausencia de futuro.

Cuando ya no te pudiste mover de la cama, tuve que pedir más ayuda para cuidarte. Comprendí que la vanidad y hasta cierto punto de orgullo no nos abandonan ni en las circunstancias más miserables. Tus hermanas empezaron a pasar aquí todas las horas que podían y yo me quedé un poco de lado ante un mundo de pañales, compresas y pomadas en el que me desenvolvía con evidente torpeza. La butaca de al lado de tu cama se convirtió en mi rincón habitual el resto del tiempo, haciendo guardia para intentar cazar una mirada tuya limpia, en la que no se entrometiese el filtro manipulador de la morfina.

Por la doctora, y por esas historias que siempre te llegan cuando alguien cercano a ti pasa por una desgracia, sabíamos que la morfina es muy difícil de tolerar y que puede dar lugar a comportamientos muy extraños, incluso en personas a las que apenas parecen quedarles ya fuerzas para nada.

Tú la tolerabas muy bien. Lo único extraño que pasó, así me lo contó tu hermana Laura, es que cuando yo no estaba le decías que te iba a dejar y que cualquier día, con la excusa de ir a buscar los medicamentos a la farmacia, me iría para no volver y tú te quedarías sola y desatendida. Laura me dijo que al principio había intentado convencerte de que eso no era cierto, de que yo te quería mucho y no te dejaría sola por nada del mundo, pero como si te llevaba la contraria te ponías muy nerviosa, había optado por decirte que no te preocuparas, que ella me vigilaría para que no me escapase y que, incluso si ése fuera el caso, aún

quedaban ella y Marta para estar contigo. Luego, si yo entraba en la habitación en mitad de una de esas conversaciones, le guiñabas un ojo cuando yo te daba la espalda.

Unas semanas antes de que todo empezara yo estaba de viaje en Barcelona. Había ido por un asunto de trabajo, pero aproveché para quedarme unos días más sin decirte nada, a pasear al sol de la recién estrenada primavera, intentando parecer un turista despreocupado. Aquella decisión la tomé sobre la marcha, al levantarme yo solo en la habitación del hotel la primera mañana. Si es verdad que hay cosas en la vida que nos hacen envejecer más rápido, yo creo que en tan sólo cuatro días rejuvenecí cinco o seis años. El día que volví te invité a comer para celebrarlo, pero después apenas dije nada durante la comida intentando descubrir qué era lo que yo quería celebrar.

Sí, aquel viaje a Barcelona fue tan inocuo como una pequeña quemadura producida por el sol. Unos días después, habíamos salido a cenar con unos amigos, me fijé en tus zapatos y me di cuenta de que me parecían demasiado impersonales, exageradamente planos y sin atractivo. Eran zapatos cuya horma había cedido a la forma de los pies que los calzaban, que casi le habían hecho perder su diseño original. Eso mismo le pasaba a todos los que guardabas en tu armario, lo comprobé por la noche al llegar a casa. Al día siguiente te regalé un par que había visto en el escaparate de una zapatería, pero no acerté con la talla y cuando fuiste a cambiarlos volviste con otro modelo que creo que nunca llegué a verte puesto. Dijiste que últimamente te sentías demasiado cansada como para ponerte unos zapatos de tacón. Y luego seguiste hablando, yo ya no te estaba prestando atención.

Aunque a alguien que lo viera todo desde fuera sin saber lo que estaba pasando pudiera parecerle lo contrario, las últimas

semanas fueron no diré que de actividad frenética, pero sí de ocupación constante. Atenderte se había ido convirtiendo poco a poco en el centro del universo. A veces eso no suponía más que pasar el rato sentado en la butaca, con libros o periódicos que nunca leía. Quizás algún día acabe por prenderle fuego a esa butaca.

Cuando en las horas previas al entierro miraba atentamente tu cuerpo tumbado en la cama, vestida con ropa que había sido tuya y era entonces unas cuantas tallas más grande que tú, intentaba adivinar en él el reflejo de algún sentimiento: de alivio, de comprensión, quizás hasta de amor. Había conseguido que me dejaran a solas contigo, a solas una vez más. Y cuando mi mano se dirigió a tu mejilla sólo pudo sentir el tacto de un hueso, duro, frío y opaco.

Ahora apenas duermo por las noches. Es como si mi bajo consumo de energía hiciese innecesario el descanso. Durante tu enfermedad, en cambio, dormía profundamente, aunque siempre me levantaba con la sensación de estar cansado. Las últimas semanas casi todos los sueños que podía recordar estaban relacionados contigo.

En uno de ellos estábamos en una ciudad grande y desconocida, de amplias aceras y calles con mucho tráfico. Uno de los dos, no consigo recordar quién, paraba un taxi. Yo te dejaba entrar a ti primero. En el momento en el que te sentabas, después de haber saludado al taxista en un idioma que yo no conseguía entender, estallaba una gran tormenta. Una fuerte ráfaga de viento cerraba la puerta y yo me quedaba allí, con la lluvia cayendo torrencialmente a mi alrededor pero sin llegar a mojarme a mí, mientras tú me mirabas desde dentro del coche. Entonces yo te decía que debías irte, que si no te mojarías y no

te iba a sentar nada bien que te cogiera el frío, y el taxi arrancaba sin que tú dejases de mirarme, con una pregunta en los ojos que no llegabas a concretar. Cuando el taxi se perdía al final de la calle, yo me daba la vuelta y empezaba a caminar en sentido contrario. Pero tenía la ropa tan empapada que apenas conseguía avanzar.

Gracias por descargar esta muestra.

Pulse sobre la imagen para acceder a la página de la editorial.

